

Hace una docena de años, Ramón Lapayese se nos reveló aquí como fabuloso escultor, a través de los soberbios relieves que decoran las cruces arquitectónicas del patio central de nuestro Universidad Laboral. Hoy, a través de esta exposición que inauguramos en la sala de arte de este mismo centro docente, se nos muestra como un extraordinario pintor. Y es que, desde hace unos años, Ramón Lapayese alterna con tal acierto el óleo y el pincel con la piedra, el hierro y la modera, que se puede asegurar que el gran juego artístico de este madrileño universal tiene dos triunfos por igual importantes: la escultura y la pintura. Dos triunfos tan por igual importantes que doy toda la razón a mi colega Angel Marsá, crítico de "El Correo Catalán", que dijo que no se puede hablar de un Ramón Lapayese pintor y un Ramón Lapayese escultor, puesto que ambos son uno y lo mismo. Efectivamente, hay que hablar de un Ramón Lapayese plástico sin límites ni fronteras dimensionales que le cantonalicen.

Como se verá fácilmente en esta exposición, para Ramón Lapayese pintar es, por encima de cualquier "ismo", comunicar una serie de conquistas arrebatadas al misterio, gracias a algunas de las realidades expresivas últimas que siguen teniendo suficiente vigencia. Y así ha podido hacer esta obra depurada, rica, elocuente y ambiciosa, que no reniega de experiencias anteriores, sino que se propone aprovecharlas. Por eso es que todas sus obras rezuman expresionismo, picassianismo e informalismo por todas partes. Por eso es que a Ramón Lapayese se le puede calificar de artista "integrador", que sabe bien que el arte positivo no ha sido nunca cosa de deslumbrante palabrería, sino aventura de cosas concretas.

No cabe duda que este artista pasea por su almarío la parte de realidad que le interesa, y luego la dice, pero a su manera, tras haber asimilado lo mejor de la revolución plástica última y pasado todo por el tamiz de su poderosa personalidad. Así hace esta pintura, centrada en la figura solitaria o en grupos —personajes de lejanas geografías, desnudos femeninos sentados o de espaldas, escenas dramáticas de torero y toro— que Lapayese hace emerger de un mundo fantasmagórico e irreal. Hombres y mujeres hieráticos, deformados o semideshechos que intentan comunicar, mediante un extraño lenguaje de actitudes, un sobrecogedor y, a la vez, bello mensaje.

*FRANCISCO ZUERAS. De la Asociación Española de Críticos de Arte.
Córdoba, Diciembre de 1969*

© (de las imágenes) 2004 Herederos de Ramón Lapayese

<http://www.ramonlapayese.com>

Tf: +(34) 917 661 694

Email: marchant@ramonlapayese.com

(Nota: las tonalidades en estas imágenes pueden sufrir variaciones respecto a la obra original)